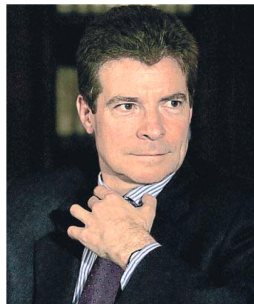


de su interés, a veces Compagnon parte de un detalle biográfico, como las reflexiones de Montaigne después de caerse del caballo o de que se le caiga un diente. En otras ocasiones arranca de episodios anecdóticos que el ensayista consignó en sus textos: los tres indios traídos de Brasil a los que conoce en Rouen, el hermafrodita alemán con el que se encuentra en un viaje, el caso de Martin Guerre y la suplantación de personalidad sobre el que lee en un libro. Y así va abordando los grandes temas de los ensayos: la identidad discontinua, la prepara-



## Una reflexión sobre la condición humana a través de la figura de Montaigne escrita sin recarga academicista

ción para la muerte, el compromiso ético, el arte de la conversación, la educación, el diálogo con los clásicos, y otros menos conocidos, como sus reflexiones sobre el tabú de la sexualidad en el lenguaje y la relación entre el arte y la vergüenza.

El libro resultante no es ni una biografía, ni un mero texto divulgativo, ni un estudio erudito sobre el pensador. Pero la suma de sus cua-

renta viñetas marcadas por la brevedad y la ligereza acaba siendo todo eso y algo más: un paseo por los grandes temas de la filosofía humanística, una reflexión sobre la condición humana a través de la figura de Montaigne.

En Francia las ventas del libro han superado los cien mil ejemplares, lo cual es no ya inusual sino directamente delirante para un ensayo sobre un pensador del siglo XVI, por mucho que sea una figura esencial de esa cultura. ¿Qué puede explicar este éxito? En primer lugar, la obra de Compagnon puede parecer de entrada un modesto ejercicio de divulgación, pero es más que eso. Partiendo de un conocimiento profundo del autor que aborda, opta por una escritura diáfana, sin recargas academicistas, ni apabullante aparato crítico, ni terminología críptica, y con un estilo grácil y elegante, con ligeras pinceladas muy sabiamente destiladas, proporciona una introducción impecable a un escritor que eligió como lema "¿Qué sé yo?" y como emblema una balanza de la justicia.

En segundo lugar, Michael de Montaigne fue un humanista sanamente escéptico, que mostró su rechazo al fanatismo y el extremismo, y reivindicó la coherencia con uno mismo, el respeto a la palabra dada y la ética aplicada a la vida y a la política, en las antípodas del maquiavelismo. Vivió tiempos convulsos y cultivó la inteligencia, el conocimiento, la cultura y el diálogo permanente con los clásicos frente a la estupidez y el engaño. Han pasado cinco siglos y sin embargo sus palabras nos siguen interpelando, porque parafraseando a Jean Kott, Montaigne es nuestro contemporáneo. Esto es, en definitiva, un clásico. Y quizá esta sea la explicación del éxito de ventas de este libro editado en Francia por una modesta editorial, Éditions des Équateurs, fundada por unos antiguos alumnos de Compagnon. |



GETTY IMAGES

El subtítulo del librito es *Relato y confesión*, y en la primera parte hay frases como estas: "Eres tú ahora, en un gesto que asombra a tus amigos, quien quiere lavar los pies a los demás, como si fueras un esclavo". "Los latigazos, todos diferentes, crueles, depositarios de una lucidez ignota, ultiman tu construcción como ser humano". "Mírate, ya sin vida, tal y como te pintan los pintores que con tanto ahínco han expresado tu agonía. Mírate desde tu recién conquistado territorio de sombras, sombra tú mismo tras tu tempestuosa travesía". Argüello reconoce a un héroe vulnerable, sometido voluntariamente y de antemano a un severo tormento, con gran necesidad de compañía. Y, con fervor laico, se la ofrece a esta encarnación del alma humana que sueña la resurrección de la carne. |

## Historia Espeluznante retrato del estado moral de Europa tras la guerra

# Una era trágica

**Ian Buruma**  
Año cero. Historia de 1945  
Traducción de David León

PASADO Y PRESENTE  
385 PÁGINAS  
29 EUROS

**JORDI AMAT**

Está dicho al final de este libro de factura brillantísima y contenido casi siempre espeluznante. Es una confesión generacional que conecta con el argumento central del manifiesto socialdemócrata que fue *Algo va mal* de Tony Judt, tan sólo tres años mayor que el prestigioso profesor Ian Buruma –nacido el año 1951 en Holanda, hijo de padre alemán y madre inglesa–. Algo así como la conciencia, tirando a nostálgica aunque para nada ingenua, de haber nacido y vivido en una buena época –la refundación, tras la Segunda Guerra Mundial, de una democra-



Retrato de Ian Buruma en Toronto

GETTY IMAGES

cia de carácter más o menos social – que se está volatizando. "Los que crecimos en la Europa occidental, o aun en Japón, pudimos disfrutar de lo que habían construido nuestros padres: estados del bienestar, economías que parecían crecer sin límite, derecho internacional y un *mundo libre* protegido por Estados Unidos, nación hegemónica que se habría dicho inexpugnable". Y la mención a los padres que hicieron posible ese modelo de civilización no es en este caso una referencia tan sólo sentimental. Porque el libro de Buruma, que arranca contando cómo su padre sobrevivió el período bélico, es una exploración durísima, dolorosa, para describir cuál fue el estado moral y convivencial

en el mundo tras el fin de la guerra.

Y parece indiscutible que el mundo estaba sumido en una bancarrota trágica. Tras años de infierno y antes de empezar a ver la luz al final del túnel (el momento socialdemócrata, para decirlo con Judt), se vivió un tiempo de silencio, represión y venganza mucho más peligrosos de lo que deben ser los bajos fondos del purgatorio. Es un paréntesis demasiado olvidado y que últimamente ha interesado a notables historiadores. Para Europa lo reconstruyó Keith Lowe en *Continente salvaje* y, más específicamente para la Europa del Este, lo ha radiografiado Anne Applebaum en la primera parte de *El telón de acero*. Pero lo más sugestivo del libro de Buruma es que, aparte de centrarse (siempre que le es posible) más en la dimensión humana que no en la política o económica de esos meses terribles, *Año cero* compara lo sucedido en Europa con lo que ocurrió en varios países asiáticos del Pacífico. Las semejanzas revelan que los hombres, al encontrarnos en el grado cero de la humanidad, actuamos con la misma bajeza. Y nada lo muestra tan claro como la reacción de la masculinidad tradicional humillada, ya sea en Holanda o Japón, volcando su odio no contra el soldado ocupante o liberador del propio país sino contra las mujeres que, forzadas o no, mantuvieron relaciones sexuales con esos soldados. Apenas quedan valores civiles. En este momento lo dominante fue la mezcla mortífera de violencias solapadas (revolucionarias, vengativas y criminales).

Podría reproducir centenares de ejemplos concretos, con sus nombres y apellidos, que darían la razón a verdades eternas formuladas en épocas remotas por los griegos o por Shakespeare. Tras la lectura no es fácil quitarse de la cabeza la humillación constante sufrida por los judíos, el cínico desamparo en el que quedó el pueblo cosaco, la descripción de la matanza de Manila... Saltando de uno a otro continente, Buruma va articulando su explicación usando materiales muy diversos (desde coplillas populares a libros de recuerdos, pasando por películas, tiras cómicas, cartas publicadas en la prensa o conversaciones de los principales líderes políticos). Lo que parece quedar claro era que el ser humano difícilmente podía caer más bajo. Y ese debió ser el motivo por el cual la generación del padre del autor supo que ya no se podría regresar al mundo del pasado. Era necesario un cambio político profundo. Las elecciones de 1945 en el Reino Unido, con la victoria laborista frente al adorado Churchill, fueron el aviso más claro que se debía empezar de otro modo. El objetivo era transformar la alianza aliada de los tiempos de guerra en un orden internacional estable para los tiempos de la paz. En Europa Occidental, con mil salvaduras, en buena medida se logró. Lástima que esa época ya empiece a ser historia. |

ESCRITURAS

Miércoles, 9 julio 2014

Culturals La Vanguardia

15